



MIGRACION INDIGENA Y ETNICIDAD

Margarita Nolasco

FOTOGRAFIA: MARCO ANTONIO HERNANDEZ



Contrario a la opinión pública y de acuerdo con lo registrado en los censos de población, cada vez hay en México mayor cantidad de indios, aun cuando proporcionalmente cuenten menos. En 1518, poco antes de la llegada de los españoles, los indios sumaban alrededor de 7 millones y representaban el 100% de la población. Siglo y medio después, por 1650, apenas si sumaban 2 millones, el 83% de la población total del país. Al llegar el México Independiente, 1810, los indios eran 3.7 millones, esto es dos tercios de la población de la naciente república. Un siglo después, a fines del porfiriato, 1910, 2 millones de personas eran indios, el 13% de la población nacional. Pasada y olvidada la Revolución Mexicana, en 1950, habían aumentado a 3 millones, pero eran sólo el 11% de la población. Para 1980 suman 6 millones, lo que implica el 8.8% de la población mexicana.¹ Para 1990, si las cifras preliminares de población censal dadas a conocer en agosto de este año son reales, de los casi 81.5 millones de mexicanos, 7.5 millones son indios, 9.2% del total. Esto es, hablan una lengua distinta al español, tienen patrones culturales, normas sociales, formas económicas, técnicas y conocimientos propios y sistemas de gobierno y/o de control social de origen prehispánico, pero forjados a lo largo de casi cinco siglos de dominación española primero y mexicana después.

En la Colonia una compleja legislación les dificultaba la realización de movimientos migratorios propios. Cuando los hacían, eran reubicados obligadamente por el amo español: la congrega. A lo largo del siglo pasado, el aislamiento, el temor a perder sus tierras (las temibles Leyes de Reforma, que tanto les afectaron) o la ubicación obligada de los acasillados en las haciendas, les impedían casi movimientos migratorios. La Revolución Mexicana, tarde o temprano (y más lo primero que lo segundo) llegó finalmente al mundo de los indios y éstos tuvieron libertad de movimiento espacial. Como es obvio, nadie se los informó, y casi hasta la década de los cincuenta, ya en nuestro siglo, empezaron espontáneamente modestos movimientos migratorios indígenas.

Anteriormente había habido, no obstante, algunas excepciones, como los tapizadores del café, que eran enganchados para la pizca de este grano, o los peones de la caña, que iban al corte del dulce tallo. Pero eso sucedía en el lejano sur o en las profundas tierras del trópico mexicano. De cualquier manera, los indios salían temporalmente y siempre regresaban a sus lugares de origen. A la ciudad, al lejano norte o al extranjero los indios no migraban.

Sin embargo, si bien es cierto que la migración golondrina o la temporal de indios no llegaba a la ciudad, la sirvienta india, el peón para el jardín, el pupilito serrano dejado en la casa del amo blanco para su supuesta educación, desde siempre han llegado a Oaxaca, a Puebla, a la misma ciudad de México. Pero eso era lo normal, por lo que no eran considerados como inmigrantes indígenas; es más, ni siquiera eran vistos socialmente hablando.² De todas formas, cuantitativamente no eran significativos.

De cualquier manera, a los indios nunca les había sido fácil migrar. Durante el porfiriato, por ejemplo, si llegaban a las urbes tenían que quitarse sus trajes, para "no afeár la ciudad", ponerse zapatos, para aguantar el fuerte calor de banquetas y calles, y hacerse a un lado cuando pasaba la "gente de razón", los dueños únicos de la ciudad. Un opresivo sistema social, más que la siempre cuidadosa policía al respec-

to, lograba hacer efectivo lo anterior. Así, salvo que llegaran bajo el amparo de un patrón, los indios preferían no ir a las ciudades. Por otro lado, tampoco tenían mucho a qué ir: trabajo servil, mal pagado, que exigía mucho esfuerzo físico sin ninguna posibilidad de superación, tenían suficiente en sus lugares de origen.

En la segunda mitad de nuestro siglo las condiciones nacionales cambian: el modelo económico adoptado por el país, la industrialización para la sustitución de importaciones, junto con el privilegiar la inversión en la ciudad en detrimento del campo, pronto muestran sus debilidades: las zonas deprimidas se extendieron en el México indígena rural. Es el momento, además, en que la extensión de la medicina preventiva (vacunas) y la popularización de las milagrosas drogas de la medicina moderna logran abatir las tasas de mortalidad y mantener las de natalidad, lo que da incrementos de población superiores a los 3 puntos porcentuales anuales. El resultado es obvio: más población en el campo, en una estructura agraria que no crece, sino que permanece estancada. En los sesenta aparecen las enormes corrientes migratorias rural-urbanas, en esta década y en la



¹ Cfr. M. Nolasco, "Los indios en el censo de 1980", en *Memoria del Taller Nacional de Evaluación del Censo de Población y Vivienda, 1980*, vol. I, México, INEGI, 1986, pp. 1085-1105. Las cifras dadas incluyen en todos los casos a los menores de 5 años.

² Y esto representa una de las características de la ciudad de México y de las grandes ciudades en general, el "no ver socialmente" a los indios, el ignorar su existencia. Sólo cuando su presencia se hace claramente visible, sea a través del folklore —sus artesanías, sus bellos trajes, sus tradicionales danzas, sus exóticos instrumentos—, sea porque son problema social —las "marías", los precaristas, los que están en huelga de hambre frente a Palacio Nacional, etcétera—, los indios "son vistos" en la ciudad. Por eso, nahuas, puré y otros nunca son visibles en las áreas citadinas nacionales.

siguiente, los setenta, son de campesinos mestizos, pero en la segunda mitad de esta última y sobre todo en los ochenta, grandes contingentes de indios se unen a este proceso migratorio. Un punto focal acapara el grueso de las migraciones nacionales: la zona metropolitana de la ciudad de México, y a ella se dirigen también, en su momento, las migraciones indias. Las fronteras nacionales y los polos de desarrollo petrolero y turístico siguen en importancia en cuanto atractivo migratorio.

En la ciudad de México, además de sirvientas y mozos indios, tradicionalmente algunas mujeres comerciantes mazahuas del Estado de México han estado viniendo periódicamente a la capital a vender sus productos. Pronto fueron conocidas con el despectivo mote de "marías" y se convirtieron en el símbolo del indio en la ciudad. Son socialmente visibles y utilizadas tanto como ejemplo —demostración— de "lo que son los indios", que como sujetos de acciones sociales que han ido de la caridad organizada en gran escala a la "educación y capacitación" para hacerlas ¡sirvientas! o algo similar, como "debe de ser", según las "buenas conciencias" capitalinas. Este fenómeno se repite en Ciudad Juárez, también con mazahuas, en Tijuana y Mexicali con mixtecas y en Cancún y otras ciudades turísticas con mixtecas, mazahuas y otras.

La migración indígena es producto de dos hechos sociales. Por un lado, los indios salen del empobrecido campo mexicano porque las tierras ya son escasas para ellos, no hay empleo rural y la productividad es tan baja que las familias no pueden mantener a los muchachos sin trabajar para que vayan a la escuela,³ sino que tienen que enviarlos al mercado laboral, dondequiera que éste se encuentre. Grandes y chicos se ven orillados a migrar y así salen de sus comunidades.

Por otro lado, la estructura económica nacional ha cambiado, y de ser México el país rural que era hasta 1960, de 1970 en adelante pasa a ser uno urbano, en que el grueso de la fuerza productiva está en los sectores secundario y terciario y congregado en las ciudades. En otras palabras, menos gente en el campo puede sostener a más gente en la ciudad. Primero migró la población no india, pero a partir de la segunda mitad de la década de los setenta se unió a esta

³ No les es posible mantener a los hijos mayores de 10 o 12 años como mano de obra inactiva, para que asistan a la escuela, sino que tienen que integrarlos al mercado de trabajo, donde éste se encuentre, sea en la ciudad de México, sea en el lejano norte, sea en los polos petroleros o turísticos o en el trabajo agrícola golondrina.



migración la población indígena. Empezaron con modestos contingentes que salían del mundo tradicional indio a las grandes ciudades, a la frontera norte, al otro lado, a los polos de desarrollo del país. Pronto, y al igual que el resto de los campesinos del país, los modestos contingentes de migrantes en-grosaron y fueron significativos. Podría suponerse que en la década de los ochenta el 17% de los mexicanos se vio involucrado en la migración. En este mismo lapso, tal vez un 30% de los indios haya migrado.

Entre 1970-1980 el 9.3% de los indios del país, cuando menos, participó en movimientos migratorios. De algunos estados, como Chiapas, Yucatán, Jalisco o Durango, por ejemplo, la migración india en esta década fue casi nula, mientras que en otros, como Oaxaca, la emigración del 18% casi dobla la proporción nacional, esto es, salieron casi 200 mil indios en dicho lapso. En la década siguiente, en todo el país, la migración entre 1980-1990 ha sido cuantiosa. Si a nivel nacional se supone, tal como ya se indicó, que el 17% de los mexicanos ha migrado, tal proporción es mayor en relación a los indios, y podría suponerse que el 30%, es decir 2.2 millones de ellos, se encuentran involucrados en procesos migratorios. De Oaxaca ha salido poco más de un tercio de sus indios nativos. Al parecer, para 1990, 443 mil indios oaxaqueños viven fuera del estado.



Migración indígena

Entidad	1980 Cifra %	1990 Cifra %
República Mexicana		
Población total	66,846,833	81,140,922
Indios ⁽¹⁾	59,055,548.8	74,649,659.2
Indios migrantes ⁽²⁾	5,483,289.3	223,948,930.0
Oaxaca		
Población total	2,369,076	3,021,513
Indios ⁽¹⁾	1,015,578,42.9	119,925,043.0
Indios migrantes ⁽²⁾	192,776.18.0	44,338,533.0

Notas: (1) Comprende también a los menores de 5 años.
(2) Se refiere a los que viven fuera de su hábitat tradicional.
Fuentes: Censos de población 1980 y 1990.

Siguiendo las direcciones de las corrientes migratorias nacionales, los indios migrantes se han dirigido, tal como ya se indicó, a la gran zona metropolitana central del país, a la frontera norte y al otro lado, o a alguno de los polos de desarrollo petroleros

o turísticos, en ese orden de importancia.

Para 1980 había en la zona metropolitana de la ciudad de México alrededor de 350 mil indios migrantes. En la frontera norte sumaban más de 100 mil, y había otro tanto en los polos de desarrollo mencionados. Diez años después el panorama ha cambiado drásticamente: en la zona metropolitana hay cuando menos 1.6 millones de indios migrantes, en la frontera norte fácilmente pueden llegar a los 400 mil, al otro lado, en California, hay cuando menos 30 mil, y cerca de otros 200 mil están distribuidos en los demás polos de desarrollo y en algunas ciudades como Puebla, Oaxaca, Chetumal, San Cristóbal las Casas, etcétera. Numéricamente, nahuas, zapotecos y purépechas son los principales migrantes. Entre los de Oaxaca, en orden de importancia numérica, se encuentran zapotecos, mixtecos, mixes, triques y otros. Sin embargo, los que tienen más visibilidad social son los mazahuas en el Distrito Federal y los mixtecos en la frontera norte y en California, Estados Unidos.

Los indios migrantes tienen que enfrentar cuando menos cinco problemas básicos: obtener un lugar en el espacio para vivir, conseguir empleo, acostumbrarse a una cultura y a un medio desconocidos, defender sus derechos humanos y étnicos y, finalmente, todo esto en una lengua que no es la propia. Espacio, trabajo, derechos humanos, lengua y cultura son sus problemas básicos. Los tres primeros aspectos los comparten con



todos los demás migrantes, pero los dos últimos les son propios y tienen que ver con identidad específica: parroquial, regional, étnica y genérica, en ese orden.

Llegan a la ciudad, sea México, Tijuana, Juárez, Mexicali, San Diego o Los Angeles, y de inmediato necesitan un lugar para vivir; si tienen parientes, amigos o coterráneos se hacen con ellos. Otras veces, al igual que los demás inmigrantes, participan en tomas de tierras o en ocupaciones lentas, pacíficas pero continuadas de superficie que con frecuencia no son aptas para la vida humana. Ahí construyen sus viviendas precarias. Lo hacen, en principio, con lo que la urbe les proporciona: material de desecho o el de construcción barato, accesible a ellos. No pueden, pues, recrear su espacio anterior, ni tan siquiera en el interior de sus casas. Tratan de poner aquí o allá algo que se los recuerde: el altar doméstico, la planta tradicional medicinal o para dar sabor; además, crían algún animal más como parte del ambiente que como empresa económica o como forma de ahorro.

El vivir en aglomeración es una experiencia nueva para ellos. Si bien les permite reconstruir algunas de sus formas comunitarias, su misma convivencia familiar, sus estructuras sociales se ven severamente afectadas. El espacio para interacción familiar es otro, y la misma interacción está ya cambiada porque las tareas a dividir ya no son las mismas. Hay dudas incluso sobre los roles sociales familiares.

Todo el medio conocido, lo que les daba la referencia espacial cotidiana, ligada a su identidad, les es cambiado. Los caminos ahora son distintos: son calles, y ya no saben de dónde vienen y a dónde van, y además eso ya a nadie le importa. La calle sustituye precariamente algunas de las funciones sociales de la huerta y en ella tiene que desarrollarse parte de la vida familiar y no sólo la social. Son otros montes los que los rodean, ¿quién es el señor que los cuida, cuáles los chaneques, los viejillos, los espíritus del bosque de ese nuevo monte que les es tan extraño? El agua que viene por el hidrante cercano o que les deja la pipa ¿cómo asegurar que siga fluyendo, que siga llegando?, ¿qué ceremonias propiciatorias realizar? Aprender el mercado del agua, los problemas de su obtención, no les es fácil: otras condiciones rigen, condiciones que ellos no conocen, cuya lógica no comprenden y que además de injustas les parecen desorbitadas, excéntricas, locas.

El transporte, el combustible doméstico, la obtención de los satisfactores básicos, todo es nuevo y todo les es igualmente irreal. Aunque les es relativamente fácil, aprehensible, de todas formas implica procesos de reajuste cultural: no bien llegan cuando a base de los consejos de los vecinos o por el duro camino del ensayo y el error aprenden a vivir en el espacio físico de la ciudad, pero el costo social y cultural es alto. Desintegración familiar, inseguridad

propia, violencia, serán entre otros aspectos de patología social, sus acompañantes habituales.

El nuevo medio que los circunda ya no apoya su identidad tradicional, ni ésta tiene sentido en el mismo. Pero el vecindaje con sus iguales (del mismo pueblo, de la región, que hicieron el viaje juntos, que ya estaban ahí pero eran conocidos, etc.), así como el compromiso con los que se quedaron en el lugar de origen, los llevan a desarrollar otra forma de identidad, cuyas bases son distintas. Toda su experiencia pasada ya no es funcional, ya no sirve para configurar su futuro, éste tiene que inventarse de la nada, a partir de todo lo nuevo que les rodea y que les es desconocido. Ante esto, la tuga con la región de origen se convierte en lo único firme, y a partir de eso reconstruyen su identidad.

Para los indios que migran tal vez el problema más grave sea el del empleo. La forma de capitalismo dependiente con crecimiento desigual que caracteriza a la estructura nacional, posibilita el empleo informal. Esto es, un tipo de ocupación que no participa directamente en la estructura productiva que norma la formación económica nacional. Se trata, por ejemplo, de la distribución persona a persona de diversos bienes de uso común, de la fabricación y venta de artesanías urbanas diversas,⁴ pero sobre todo del trabajo en la construcción, el trabajo doméstico y en otras ocupaciones serviles, en fin, en todos los que se pide gran esfuerzo físico y no hay posibilidad alguna de superación en el empleo, ni siquiera permanencia en el mismo. Comerciantes ambulantes, artesanos domésticos, peones de pica y pala, servidumbre, eso es lo que la ciudad ofrece a los indios. Duro trabajo en la pizca del tomate, del algodón, de legumbres diversas, el cuidado de campos de legumbres, mientras viven hacinados en barracas insalubres, es lo que les ofrecen en los modernos campos de cultivo del norte del país y en California. Es poco, muy poco en términos de la ciudad y de regiones agrícolas altamente desarrolladas, pero mucho para ellos, expulsados de su lugar de origen por una agricultura sobre tierras malas, escasas por una estructura social que les niega empleo rural y por un sistema de mercados regional que los mantiene sometidos.

La ciudad, el norte, el otro lado, les ofrecen lo que ya no tienen en sus regiones de origen: simplemente la posibilidad de supervivencia; la migración es, en este aspecto, el único camino que les queda para no morir de hambre en su localidad, en su región y para progresar y acceder al mundo moderno. Para ellos la disyuntiva está entre perecer o quedar marginados y

migrar. No hay retorno, además. No, al menos mientras las condiciones del agro tradicional sigan igual y la estructura nacional no haya cambiado.

La lengua nacional es la de la migración dentro del país. Los indios llegan con distintos grados de bilingüismo o monolingües, pero salvo en el ámbito doméstico o a lo más en el vecinal, su lengua materna no tiene uso en su nuevo hábitat. Hablar español les es indispensable y su aprendizaje o su práctica les es duro. No hay escuelas bilingües ni cursos de castellanización para ellos, por lo que tienen que aprenderlo en la práctica abierta. Si no logran pronto un manejo más o menos aceptable del español, el aislamiento casi total o el obligado retorno a la hostil región de origen son sus opciones. Los que pasan al otro lado, además del problema del español, con el que pueden comunicarse con otros migrantes o con los chicanos y mexiconor-



⁴ En éstas, por cierto, se da una interesante mezcla de la estética y de la habilidad indias, junto a la disponibilidad, a la estética y a la técnica ciudadinas. Pronto la artesanía indígena urbana encontrará un campo no sólo comercial sino también artístico.

teamericanos, tienen el del inglés para tratar con patrones y contratistas.

Pero la lengua de la ciudad, de la región desarrollada, del otro lado es, por antonomasia, la escrita. No sólo deben saber hablar español (o inglés, en su caso) sino también leerlo y escribirlo. Si a nivel nacional un tercio de la población adulta (de 15 años y más) es analfabeta real o funcional, esta tasa casi se duplica entre los indios migrantes. Alrededor de la mitad no manejan la lecto-escritura, al menos lo suficiente como para hacer de ésta un instrumento de trabajo o de comunicación básica.⁵ A los problemas del idioma hablado los indios añoran las barreras de la lengua escrita.

⁵ Se requiere, en la ciudad, al menos un manejo de la lecto-escritura que incluya el poder seguir instrucciones escritas sencillas; el leer letreros que indiquen rumbos de autobuses, del Metro; leer etiquetas de diversos productos que indiquen qué son; leer y entender los términos de recibos y otros documentos, así como saber firmar, etcétera.

Ser indio ni en la región de origen es fácil, pero se dificulta aún más para los inmigrantes por la continua violación a sus derechos humanos. La justicia, la seguridad personal, la salud no son para ellos en estos casos: dificultades lingüísticas, barreras culturales y procesos abiertos o encubiertos de discriminación lo impiden. En este campo pueden relatarse demasiados casos. Es suficiente tener "pinta" de indio para ser sujeto de discriminación y de acciones vejatorias al respecto. Baste recordar el trato que autoridades y civiles dan a las llamadas "marías"⁶ o las continuas denuncias indias sobre robos, despojos y maltrato en las terminales de autobuses o en ocasión de peregrinaje o en sitios en los que tradicionalmente se

⁶ El maltrato a las mujeres indias es frecuente, incluso se ha dado el caso de vejarlas físicamente, como cuando las autoridades les cortan el pelo o las obligan a quitarse el traje tradicional para ponerles batas grises, tal como frecuentemente han denunciado las comerciantes en pequeño mazahuas en la ciudad de México, o las "marías" mixtecas en Tijuana o Mexicali, B.C.



juntan o suelen llegar.⁷ En México el respeto a los derechos humanos de los pobres deja mucho que desear, pero ellos a su calidad de pobres aúnan la de ser indios, lo que hace más difícil su situación.

La migración india había sido el resultado de un modelo económico nacional, la industrialización para la sustitución de importaciones sin gran inversión rural, modelo que cambia ahora hacia un neoliberalismo que tampoco incluye la inversión rural (y menos en las regiones tradicionales, de agricultura de temporal), todo lo cual ha llevado y llevará cada vez a mayor migración india. Al igual que el resto de la corriente migratoria, esta se ha dirigido y se seguirá dirigiendo hacia la ciudad de México, hacia la frontera norte y el otro lado y hacia los polos petroleros y turísticos. En todos estos sitios, los indios enfrentan diversos problemas, pero no dejan de ser indios. Esto es, no pierden su identidad étnica ni su relación con la localidad de origen. Así, nuevas maneras de identidad étnica están surgiendo ligadas con la migración indígena.

La identidad étnica está compuesta por la síntesis de un conjunto de elementos complejos, socialmente asimilados, caracterizados por hechos históricos, idiomáticos y culturales y con una base territorial. Todo se expresa a través de valores socialmente aceptados y que no sólo son internalizados por cada individuo, sino que tienen que ser apropiados incluso biológicamente. La identidad se refuerza en presencia de lo otro, ya que se da una dialéctica entre la autoidentificación y la identificación que hacen los otros, entre la identidad objetivamente atribuida y la que es subjetivamente asumida.⁸ La función de la identidad étnica no es sólo el diferenciar a un grupo de otro, sino proporcionar a los individuos un conjunto de elementos que le permitan relacionarse con los demás de su grupo, con los otros grupos, con el medio e incluso con lo desconocido, lo metafísico, lo que confiere estabilidad y capacidad de acción social al grupo y al individuo.

Los rasgos y patrones culturales que forman parte de la identidad no son estáticos, sino que cambian continuamente, pero un conjunto de ellos, a la manera del ethos cultural, son constantes históricas.

Al migrar, los individuos pierden los referentes de

⁷ Hombres indios se quejan de que les son robadas sus pertenencias y todo su dinero por policías, que los amedrentan bajo amenaza de arresto por supuestas faltas, tanto en las estaciones de autobuses foráneos como en ciertas estaciones del Metro o en La Villa de Guadalupe, obligado peregrinaje indio, en el Distrito Federal, o en lugares aledaños a la cerca fronteriza internacional en el norte. Muchos indígenas son también fácilmente esquilados en el pago a su trabajo, aprovechando sus problemas idiomáticos o, simplemente, su calidad misma de indios. Esto se agrava del otro lado, cuando a lo anterior aúnan la posición de indocumentados.

⁸ *Diccionario Unesco de Ciencias Sociales*, tomo II, Planeta-Agostini, Barcelona, 1988, pp. 840-841 y 1041-1044.



su identidad. El conjunto de valores que los diferencia de lo otro y que les permite la relación con los iguales deja de tener sentido. Son otras las condiciones a las que se enfrentan y, en consecuencia, otra debe ser la manera de su identidad. Se da en un nuevo campo social en el que se integran varios otros actores y hechos sociales, como los siguientes:

1. Ellos forman parte de un conjunto social que les es nuevo: los trabajadores, los inmigrados, los indios (así, en genérico), los marginados, etcétera, y como tales tienen una naturaleza específica.

2. Se relacionan con diferentes instancias que si bien no les son completamente desconocidas, no les son propias. El gobierno, las instituciones y organismos gubernamentales, la sociedad civil, la iglesia

(impersonal, organizada de manera distinta), etcétera, son algunos ejemplos al respecto.

3. También se relacionan con lo internacional. Un hecho que antes no tenía sentido para ellos empieza a tenerlo, la nacionalidad. El ser mexicano y el no ser norteamericano, cuando han migrado a la frontera norte o al otro lado, se vuelven especialmente significativos.

4. Está también su relación con lo que dejaron atrás: su lugar de origen, su región, su estado y su identidad genérica, indios.

Su identidad tiene que reestructurarse ahora en la relación de los cuatro hechos anteriores y en un nuevo campo social, en el que se dan expectativas, demandas, presiones, ofertas, bienes, producciones, consumos, etcétera. Las relaciones son cada vez más nacionales (e internacionales, incluso, para algunos) y cada vez más tensas, porque conforme participan en este nuevo campo social, imponen reglas nuevas y ellos (en lo individual y como grupo) emergen como nuevos sujetos sociales.

Parte de las reglas que imponen implican su propio reconocimiento étnico, y el uso de su calidad étnica como ventaja comparativa en la interacción social⁹ en su nuevo hábitat, en el lugar al que migraron, pero siempre en relación con su lugar de origen. Quieren manifestarse y ser reconocidos como indios y demandan derechos desde esas posiciones. En este sentido, empiezan a tener un proyecto propio, una utopía.

El problema indio se vuelve nacional y no sólo estatal o regional. No hay una unidad india, sino una pluralidad y los individuos, por tanto, son irreductibles



⁹ Buenos ejemplos al respecto lo constituyen la identidad étnica utilizada como estrategia de lucha en campos en los que no tienen ventajas, como las "marías" en la venta ambulante, o los maestros bilingües en el SNTE. O como singularidad grupal y para mostrarla a los medios de comunicación masiva, como los llamados mixtecos en Tijuana, B.C., o San Diego, en los que participan nahuas, purépechas, zapotecos y otros, además de los mixtecos.



a la unidad, aun cuando ésta sea genérica, como la calidad de indios. Su sola presencia en el ámbito de lo no indio plantea la pluralidad nacional. En todo el proceso anterior, cinco elementos operan:

1. Las dinámicas territoriales. Los migrantes rompen sus barreras, su aislamiento, lo que resquebraja su organización social tradicional, afectando incluso la parentescal. Se hace ahora más importante la relación con los de otras localidades que con los de la propia. Rompen el parroquialismo y ahora es más importante la relación regional o, incluso, la étnica. La base territorial se pierde y la identidad se lleva fuera, al D.F., a Neza, al norte, al otro lado.

2. La dinámica organizacional. Crean nuevas formas de organización, como las coordinadoras, cooperativas, asociaciones, etcétera, pero además su presencia en el exterior y sus nuevas organizaciones van a transformar asimismo a la organización parroquial y con frecuencia la amplían a la región.

Supuestamente debe haber la tendencia a la organización genérica nacional ("la" organización india), pero lo que hay ahora es una gran cantidad de organizaciones a todo nivel y de todo tipo. Todavía es una red muy dispareja, con fracturas, con zonas abiertas,

y sin mostrar aún la necesaria estructura piramidal.

3. Desarrollo de un conjunto de demandas propias, y su discusión propia hasta llevar a una plataforma. Alrededor de la educación, de los derechos humanos y de los caminos de acceso a la tierra hay ya algunas coincidencias, pero todavía están lejos de una plataforma indígena mexicana.

4. Los grupos indios migrados buscan para sí una nueva relación con el Estado, lo que ha llevado a replantear esa relación en general. Hace diez años, por ejemplo, no se concebían como válidas las marchas indias, los plantones y sus huelgas de hambre para presionar al Estado. Menos aún las tomas de Centros Coordinadores del INI o las coordinadoras indias urbanas para la defensa de sus intereses.

5. Hay una nueva inserción indígena a la economía nacional, y con frecuencia fuera de las formas típicas, campenización y proletarización. Ahora, ocupaciones informales, maquila a domicilio, centros de empleo acaparados por ellos, etcétera.

Sin embargo, la identidad india moderna no es una ni toda está en el mismo plano o nivel. La migración ha sido un elemento significativo de una mayor diversificación. Está la identidad parroquial, firme,

segura, que opera la fragmentación social enorme de los indios en sus ámbitos tradicionales. Pero sobre ésta se encuentra la regional, auspiciada desde fuera, por los migrantes. La regional se supera con la identidad étnica, también inducida por los migrantes, quienes participan de la identidad parroquial, auspician la regional y apoyan la étnica. Por ejemplo, son del pueblo (de Laxopa, por mencionar alguno), reconocen a la región (la Sierra de Juárez), pero ya se sienten zapotecos.

De cualquier manera, los grupos indios aún no tienen un proyecto nacional indígena y ni siquiera uno étnico, en el que su identidad (la parroquial de los que se quedan o la étnica-nacional de los migrados) se manifieste y tenga un papel definitivo.

Una observación final: la importancia de la identidad étnica de los grupos que migran se da en cuanto ellos ponen en el tapete de la discusión otros hechos:

- El uso de la diferencia para mantener el dominio tradicional. Con su migración, físicamente se salen de ese dominio y hacen ver lo obsoleto del mismo. Su ruptura implica la ruptura del mercado, esto es,

- La introducción al libre mercado de los recursos indios (sus productos, su fuerza de trabajo, sus bienes). Los que migran llevan su fuerza laboral fuera de la región y la introducen al mercado nacional (y hasta el internacional en el norte), y su aporte de retorno altera el mercado de bienes interno.

- Finalmente, lo que está en discusión es el poder mismo y su supuesta base, la democracia. Esta llega al mundo indio con la mera salida de los emigrantes (y en forma mucho más efectiva que por el efecto *feedback* o de retroalimentación) que altera el equilibrio político local, al dar parcelas de poder a los del exterior.

Los migrados, pues, necesitan la relación con sus lugares de origen (región, etnia), pero éstos se transforman con esa relación. Hay pues una nueva identidad étnica para los migrantes que refuerza y moderniza la de su localidad. En este proceso, migración y etnicidad se presentan juntas y conforme avanza una se manifestará más claramente la otra.

